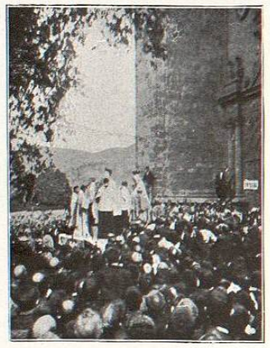
LA FIESTA SUPREMA



ALBOREA el ocho de Septiembre, dedicado á la solemne ceremonia de ornar las sienes de María con la Corona que el pueblo fiel dedica á su Augusta Protectora: en ese día, sobre la colina santa, á las puertas del Santuario que hace muchos siglos sirve de sagrada morada á la *Madre de Dios de Begoña*, con la bóveda celeste por hermosísimo dosel, rodeada de Príncipes de la Iglesia, agrupadas en torno suyo Autoridades y Corporaciones y ante el pueblo, que se siente en la plenitud de su dicha, la milagrosa Patrona de este Solar ceñirá la diadema que la proclama soberana, realizándose así el más bello ideal de los ensueños de sus fieles hijos.

Recordando las sensaciones dulcísimas que embargaron el espíritu durante las tiernas ceremonias, el alma se conmueve y la imaginación, absorta ante la grandiosidad del acto, apenas si sabe desplegar sus alas para elevarse á la concepción del sentimiento que la domina. ¡Ah! Existen ocasiones en que el escritor, obligado á relatar acontecimientos espiritualmente grandiosos, rompería en pedazos la pluma, que no acierta á delinear sobre el papel lo que el corazón abarca, y es que hay momentos sublimes en que siente uno como gigante, y la inteligencia se expresa como pigmeo; se eleva á regiones superiores, y escribe sobre la humilde tierra; es espíritu superior en sus concepciones, y hombre pequeño en la expresión de los sentimientos. Así como entre la espléndida naturaleza, contemplada á la radiante luz del sol ó de los pálidos reflejos de la luna, y su pintura sobre el lienzo, existe el abismo que media de la realidad á la apariencia, así también, la descripción se separa de los hechos por faltarle el ambiente que les da vida, calor y movimiento: el espejo reproduce los variados matices y los detalles todos del objeto, mas el relato jamás reemplaza al azogado cristal, y gracias si logra revestir su pintura de reflejos de la hermosa verdad.

Tememos ¿por qué ocultarlo? no poder trazar rasgos que expresen los tiernos sentimientos que la hermosa ceremonia produjo en los corazones de aquella

inmensa multitud, que se prosternaba ante la Santísima Virgen, al ser coronada su milagrosa Imagen: tememos que la pintura resulte tan deslucida, que no destaque, ni el entusiasmo delirante con que el pueblo acogió á la *Madre de Dios de Begoña*, á su aparición en el atrio de la iglesia para proceder al augusto acto de la coronación, ni el calor de aquellas aclamaciones, con que el mismo pueblo la saludó coronada: tememos, en fin, que el pincel, por delinear aquel mágico cuadro, siquiera en sus líneas generales, acabe por manchar el papel con negro borrón, que oculte las bellezas sin cuento de escenas sublimes que llevaron al alma raudales de gozo.

Si los Ángeles del Cielo, testigos del triunfo incomparable de su excelsa Reina, nos prestaran algo del espíritu celeste que les enaltece; si, recogiendo sus nítidas alas, detuvieran un instante su hermoso vuelo, para inspirarnos una idea, un solo pensamiento, acerca del agrado con que en la Corte del Dios inmortal se reciben los agasajos y homenajes tributados, acá en la tierra, á la que es delicia del Espíritu Santo ¡qué bellas frases, que conceptos más elevados sabríamos encontrar para reseñar esa fiesta, cuyos ecos queremos suponer llegaron á la región celestial!

Mas ya que no podamos llamar en nuestro auxilio á esos Séres superiores, ni inspirarnos en sus sentimientos, ni siquiera copiar sus cánticos sublimes, acudiremos á la misma Emperatríz de Cielos y tierra con súplica, si humilde y respetuosa, tan cariñosamente insistente, que esa Señora, todo bondad y complacencia, acogerá con la dulzura que resplandece en todos sus actos.

¡Virgen Santa, *Madre de Dios de Begoña!* Asombrado ante el maravilloso cuadro de vuestra coronación en la tierra, cuyos brillantes resplandores deslumbran, sin cegar, é iluminan el alma con ideales destellos, realizando ensueños seductores, quisiera contar lo que ví con los ojos del cuerpo y del espíritu, gravando en el corazón de los hombres el recuerdo memorable de ese día feliz, por la expresión de los goces gratísimos que en el alma produjo el homenaje insigne que un pueblo fiel os tributó entusiasta; mas mi torpeza lo impide, y apenas si sé balbucear las jamás oídas aclamaciones con que fuísteis saludada.

Ayudadme, Vos, ya que sonreíais cariñosa al acoger los votos populares: prestadme alientos, dadme un rayo de la luz refulgente que Os circundaba al ser coronada, y veréis, Señora, cuan bien canto los amores que Os consagran vuestros hijos de mar y tierra, como sé inspirarme en la más divina de las tradiciones y de que manera presento á ese pueblo la realización de su ideal al ceñiros la Corona que Os hace Soberana de este Solar, como sóis y habéis sido siempre la Reina y Señora de sus corazones.

Prestadme alientos, Señora, recordando que habéis sido siempre mi protectora, que Os debo beneficios inmensos, que anhelo cantar glorias vuestras y reflejar los sentimientos que embargaban á ese pueblo, que se agrupaba á vuestros Pies: dejad, Señora, que vuestra bondad cubra mi pequeñez, y acordándoos de que Os complacéis en protejer al ingrato, si sumiso Os lo suplica, permitid desahogue la emoción dulcísima, sentida en solemnes instantes, y reflejando las impresiones de cuantos aquí Os aman, que lo son todos, mi pluma cantará el triunfo de la que por ser Madre de Dios, es Madre cariñosa de todos los hombres.

Que mis frases resultan incoloras, mis descripciones borrosas y el conjunto

demasiado mezquino para vuestra inmarcesible grandeza, culpad á lo pobre de mi inteligencia, no á mi voluntad, que es toda vuestra y que á llegar donde deseara, semejaría, sino igualaba, á la armonía encantadora de los himnos con que Os saludan y obsequian los Querubines, que el Señor destinó á prodigaros delicias, dignas de vuestra extremada dignidad.

. . . . . .

Un repique general en todas las iglesias anuncia, antes de amanecer, que algo extraordinario se prepara: Bilbao y todos los pueblos comarcanos se visten de fiesta; ventanas y balcones se cubren de colgaduras; las banderas y gallardetes dan al aire sus vivos colores; arcos bellísimos, ya adornados de luces eléctricas ó cubiertos de ramaje, con inscripciones piadosas y escudos alegóricos, señalan la carrera que recorrerá la milagrosa Imagen en la solemnísima procesión de la tarde. Los preparativos son muchos y el conjunto ofrece pintoresco aspecto, revelando la pompa con que se desea celebrar el fausto suceso.

Las Calzadas y el camino de Zabalbide no bastan para las imponentes masas de fieles que suben al Santuario: por veredas y caminos diferentes llegan, sin cesar, falanjes numerosas de aldeanos, vestidos de día de fiesta; la campa, plaza de la República y sus contornos rebosan de gente. La animación es extraordinaria: todos revelan el gozo que sienten; todos anhelan llegue el instante de ver realizadas sus religiosas aspiraciones; el conjunto sorprende, más aún que por lo numeroso, por el especial carácter que reviste, viendo agrupadas y animadas por un solo sentimiento clases y personas tan diversas en su modo de ser.

En el Santuario se hace imposible penetrar y aun el permanecer en el interior: la aglomeración excede á toda ponderación, y los fieles tienen que permanecer en pie, viéndose precisados los guardianes del orden á desalojar la concurrencia de vez en cuando, para que se renueven los fieles y puedan todos venerar la santa Imagen: jamás se presenció cosa igual.

LAS FUNCIONES RELIGIOSAS. — Á las cinco hubo misa, y se hizo la novena en castellano: á las seis, novena y sermón en vascuence, predicado por D. *Domingo de Aguirre*, Capellán de Zumaya, que expuso el tema *Como la madre acaricia al hijo, así yo os consolaré*. Hizo resaltar en el exordio la afluencia de fieles de todos los pueblos del Señorío, que acudían á pie, ó por otros medios, á ofrecer su amor á la *Virgen de Begoña:* demostró que María lo puede todo y es, además, señora de un corazón tierno y amorosísimo: notó la pequeñez del hombre y la grandeza y poderío del Señor, y con citas de los Santos Padres demostró que Dios deposita en María todos sus poderes; probó cuán grande es el amor y la bondad de la Virgen, y concluyó con una tierna invocación pidiendo auxilio á la *Madre de Dios de Begoña* para tantos y tantos fieles como, arrodillados en su presencia, imploraban su protección.

Señalada para las siete y media la Comunión general de la Junta organizadora, de todas las Corporaciones y fieles, el venerable Sr. Obispo de Pamplona, que se encargó de distribuir el Pan de los Ángeles, celebró Misa rezada. De la sentida y sencilla plática del Prelado de Pamplona, solo diremos que fué apropiada al acto solemne que se realizaba: desarrolló, en síntesis admirable, lo que

es y significa la devoción á María; enalteció la religiosidad de este pueblo; expresó, en frases sentidas, la altísima importancia de los actos todos de estos solemnes cultos y concluyó con una tierna excitación á cuantos iban á comulgar para que, al recibir al Señor, lo hicieran con toda aquella fé y veneración debidas al augusto misterio de la Eucaristía y como una digna preparación para el homenaje de amor que se disponían á ofrecer á la purísima Madre de Dios. Muchas lágrimas corrieron al escuchar al Sr. Obispo, que supo interpretar los sentimientos de todos con una precisión notabilísima, más elocuente todavía por el afecto que sus palabras revelaban, que por la belleza y galanura de la frase que sabe emplear el virtuoso Agustino Dr. *López de Mendoza*.

¡Cuán gratas emociones experimentamos en aquel piadoso acto! Los fieles acudían á la sagrada Mesa, no á centenares, sino en masas, que se renovaban difícilmente, y eso que la Comunión se distribuía en el Altar Mayor y en los colaterales. Hermoso y consolador espectáculo ofreció el pueblo, acogiéndose al Señor, como digna preparación á las solemnes fiestas. Quien así hace gala de su fé y de sus acendrados sentimientos, tiene forzosamente que ser bueno y llenar con dignidad su misión sobre la tierra.

Puede decirse que no había terminado la Comunión general, cuando empezaron las ceremonias del oficio solemne.

Fuera del templo, la muchedumbre era sobremanera extraordinaria. Fuerzas del Regimiento de Garellano, con bandera y música, al mando del capitán Sr. García Suárez y de los oficiales Sres. Moracho, Elizondo y Rodríguez; un escuadrón del Regimiento de caballería de Albuera; otro de Guardia Civil y una sección de Forales, se situaron en la campa ó parte delantera del templo para rendir los honores á la Virgen.

Á las nueve se hallaban en el templo el Sr. Arzobispo de Burgos y los Sres. Obispos de Vitoria, Cartagena, Tarazona, Salamanca, Lugo, Jaén, Sión, Sigüenza, Pamplona y Jaca; el Excmo. Sr. General de División D. *Ernesto de Aguirre y Bengoa*, con el General de Brigada D. *José Porras;* Comandante de Marina, Excmo. Sr. D. *Víctor M. de Concas;* Jefes y oficiales de todas las armas é institutos; los Senadores y Diputados á Cortes D. *Martín de Zavala*, D. *Fernando de Landecho*, D. *Tomás Allende, Marqués de Casa-Torre*, D. *Mariano de Vilallonga* y D. *Manuel de Goyarrola*, todos de etiqueta y con medalla distintiva; el Sr. D. *Tomás Fernández de Lagunilla*, Administrador especial de Hacienda de Vizcaya, representando al Excmo. Sr. D. *Manuel de Allendesalazar*, Ministro de Hacienda, que como vizcaíno quiso que un delegado suyo asistiera á estas fiestas; el Ayuntamiento de Begoña, en corporación, con su bandera, presidido por su Alcalde D. *Carlos María de Orue y Olavarria;* el clero parroquial de Begoña y representaciones de todas las Parroquias y de las Órdenes religiosas; la Junta organizadora en pleno, teniendo las Señoras reservado puesto especial preferente y Comisiones de muchas corporaciones, asociaciones y centros oficiales y particulares. El templo rebosaba de gente y en las puertas y alrededores se agolpaba gentío considerable, pugnando por entrar en el Santuario. Por creer que el oficio comenzaba á las diez, llegó retrasada la Excma. Diputación de Vizcaya, presidida por el Gobernador Civil, Excmo. Sr. D. *José Galván y Llopis*.

Oficiaba de pontifical nuestro venerable Prelado el Excmo. é Ilmo. Sr.

D. *Ramón Fernández de Piérola*, Obispo de Vitoria y Delegado Apostólico para la Coronación de la milagrosa Imagen, estando encomendado el servicio religioso de este día á la Comunidad de Padres Pasionistas; diaconaron en la misa pontifical los Rdos. P. P. *Clemente de la Presentación* y *Raimundo de San Miguel*.

Se cantó á grande orquesta la misa de *Betthoven*, dirigida por el maestro D. *Luis Ansón*. El introito gradual (á solo de tiples) y el ofertorio cantado por el Sr. *Berástegui*, fueron escritos expresamente por el Sr. *Ansón* para esta solemnidad. El conjunto de la orquesta y coros fué brillantísimo.

Durante la misa solemne se celebraron dos misas al aire libre: una en la plaza de la República, que oyeron millares de fieles, y otra de campaña, que oyeron las fuerzas militares que allí se encontraban y gran número de personas.

Antes de la misa solemne, el Rdo. P. *Arturo Menán*, Misionero Hijo del Corazón de María, leyó el Breve ó Bula Pontificia autorizando la Coronación canónica de la venerada Imagen y nombrando delegado para verificarla al Sr. Obispo de esta Diócesis.

Siguiendo las prácticas marcadas en el rito especial de estas ceremonias, se procedió á bendecir, por el Sr. Obispo delegado, las Coronas destinadas á la Virgen y al Niño Jesús, así como el Cetro. La Corona de la Virgen fué entregada al Sr. D. *Juan Cruz de Unceta*, Cura de Begoña, por el Excmo. Sr. D. *Ernesto de Aguirre*, General de División y Gobernador Militar de Vizcaya, en nombre de su sobrina D.ª *María de Aguirre de García*, donante de esta joya. El Cetro, y la Corona del Niño Jesús, los recibió el mismo Sr. Cura de Begoña de la Comisión de Señoras, encargada de su construcción con los recursos adquiridos por suscripción popular. Hizo entrega el Sr. *Unceta* de las tres valiosas joyas al Sr. Alcalde de la anteiglesia de Begoña, D. *Carlos María de Orue*, quien las presentó á nuestro amadísimo Prelado, en rica bandeja de plata. Bendecidas que fueron por el Sr. Obispo, se colocaron sobre una mesa en el centro del Presbiterio.

Por primera vez, quizás desde su aparición ó descubrimiento, la venerada Imagen estaba sin corona.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. *Jaime Cardona*, Obispo de Sión y Vicario General Castrense, pronunció un sermón, elocuentísimo en todos conceptos y digno de su fama de orador sagrado. Su tema fué: *La misión de la Iglesia coincide con la misión de la Virgen*.

En estos tiempos, dijo en que la corona temporal del Pontífice supremo de la Iglesia ha sido arrebatada por sus enemigos, la misma Iglesia voluntariamente y en su nombre todo el orbe católico, se ofrece, venir á coronar las imágenes de sus adoradas Vírgenes, para que en la tierra no falte jamás el resplandor de la soberanía del Cielo, soberanía majestuosa, grande y reina de todas las soberanías.

Habló elocuentemente del acto que el pueblo vascongado celebraba y que ha de repercutir en el orbe católico entero.

Ocupábase el Sr. Obispo de Sión del homenaje que Vizcaya rendía á la *Madre de Dios de Begoña*, cuando un inmenso clamoreo, vivas y aclamaciones le impidieron continuar: el público, que estaba fuera del Santuario, aplaudía frenéticamente; las campanas volteaban, mezclando sus sonidos con el estampido de los cohetes: la expectación era profunda, cuando apareció la Excma. Diputación de Vizcaya, precedida de sus maceros. Presidía la Corporación el Sr. Gobernador civil, de gran uniforme y su Presidente Sr. D. *Enrique de Aresti*, concurriendo los Diputados Sres. *Carranza*, *Cruceño*, *Arana*, *Cobreros*, *Beristain*, *Urquizu*, *Allende*, *Vallejo*, *Zunzunegui* y algunos otros que sentimos no recordar. Recibida la Corporación provincial á la puerta por el clero del Santuario, se les distribuyeron medallas de plata de la Coronación, que todos colocaron en el pecho, y por cierto que el Sr. Gobernador la besó antes de colocarla sobre el uniforme. La entrada de la Diputación provocó una manifestación espontánea de simpatía, que á no hallarse dentro del templo hubiera sido delirante ovación.

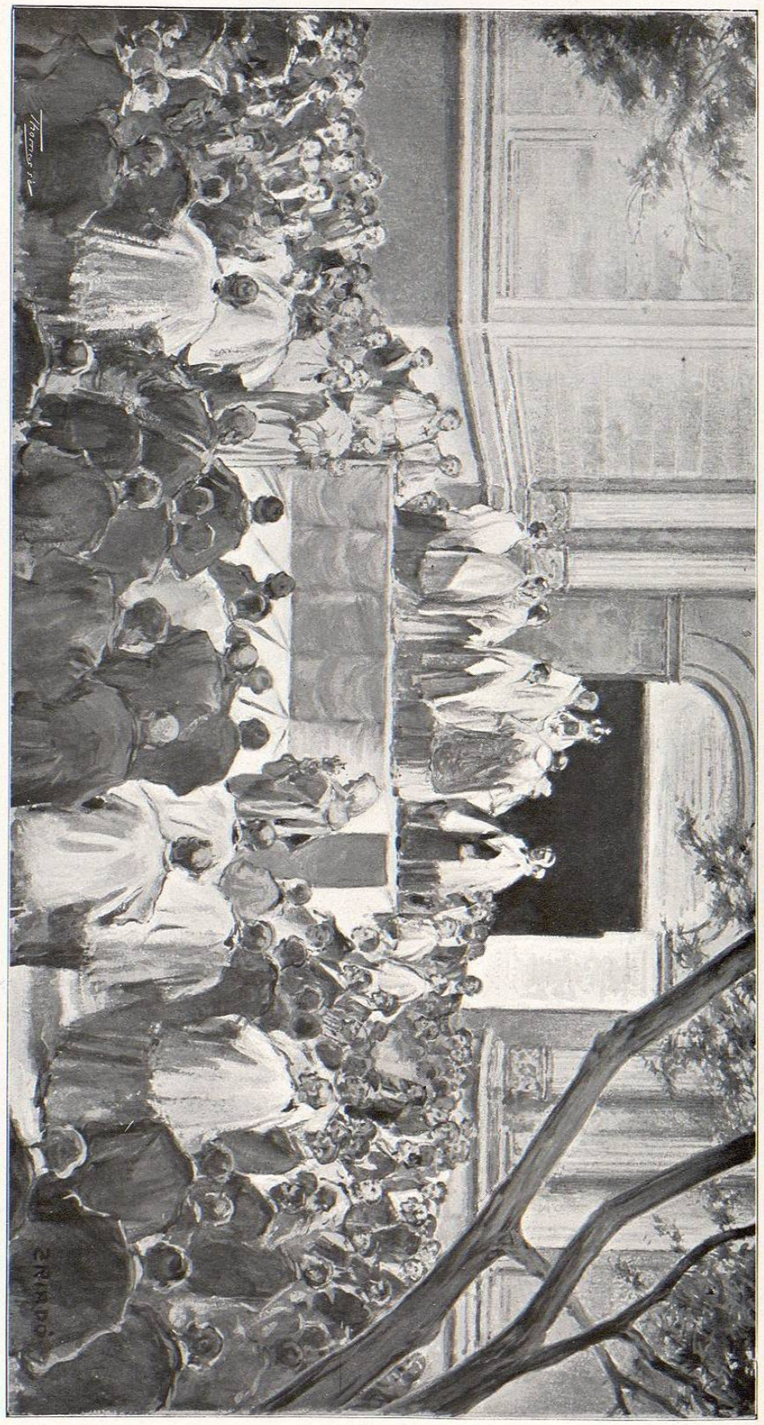
El Sr. Obispo de Sión, reanudando su discurso, en un elocuente período llamó la atención hacia que todo en estos solemnes cultos parecía providencial, pues en el momento de ocuparse de los honores que Vizcaya rinde á la Virgen, aparece á las puertas del Santuario, saludada y acatada por la inmensa muchedumbre, la legítima y genuina representación de este Solar, que viene también á ofrecer su tributo de veneración á la Santísima Virgen. Excusamos consignar la impresión que esto produjo en el auditorio.

Terminó su elocuentísimo discurso el Sr. Obispo de Sión prodigando, con notable erudición y buen gusto, delicadas frases á las tradiciones del pueblo vascongado. Muchas y calurosas felicitaciones recibió el Prelado por su hermosa oración.

LA CORONACIÓN. — ¡Y llegó el momento solemne! Ha terminado la misa, y en hombros de Sres. Sacerdotes es conducida la veneranda Imagen á las puertas del Santuario, para ser coronada ante el inmenso pueblo que allí se agolpaba y que durante diez días la obsequió con cultos esplendorosos.

¿Y quién nos dará alientos bastantes para reseñar aquel conmovedor espectáculo? Hay escenas en la vida que se sienten, pero que es imposible describirlas.

En el breve espacio que tardó en ser conducida la Imagen desde el presbiterio al vestíbulo de la Iglesia, advirtiendo el pueblo que su Madre adorada iba á aparecer, rodeada de una corte de Príncipes de la Iglesia, Dignidades, Corporaciones y Autoridades, para ocupar su puesto en el trono, en medio de su pueblo fiel, se sintió dominado por emoción inexplicable: contuvo el aliento, sintiéndose como sobrecogido de admiración y gozo: sentimientos inefables embargaban su alma, viéndose resbalar por los semblantes lágrimas de ternura: todos se sentían dichosos y todos estaban excitados: dudaban entre caer de rodillas ante aquella aparicion bendita ó levantar su mirada para extasiarse ante la belleza de su Madre adorada. Brevísimo tiempo duró esta duda; asomaba, apenas, la Imagen y ruidosos y atronadores vivas, aclamaciones salidas del fondo del corazón, apagaban los sonoros ecos de las campanas echadas á vuelo y el ruído de los cohetes: aquel pueblo, henchido de felicidad, delirante de entusiasmo, no sabía cómo expresar su amor á la Reina de los cielos y lloraba de alegría, aplaudía hasta herirse las manos y aclamaba á su Madre con veneración y entusiasmo capaces de impresionar á los seres más insensibles. Aquello no tiene precedente por lo espontáneo y sublime, ni cabe compararlo más que con la explosión in-



LA CORONACIÓN

creíble de enajenamiento que provocó el acto de colocar la corona sobre las sienes de la Sagrada Imagen.

¡Ah *Madre de Dios de Begoña!* Aquel día, al hallaros entre vuestros hijos, sentiríais desde el cielo aquellas aclamaciones, cuyos ecos llevarían los Ángeles que Os rodean, y no lo dudamos, bendeciríais á todos con esa bendición de ternura maternal, que, además de su valor inmenso por sus efectos, produce inefable alegría en el que la recibe.

Colocada la Imagen sobre el espacioso templete, levantado *ad-hoc*, con los maceros de la Excma. Diputación de Vizcaya por reyes de armas de la augusta ceremonia, la rodearon los once Prelados asistentes, la Diputación, Gobernador, Ayuntamiento de Begoña, Junta Organizadora, Senadores, Diputados á Cortes, Delegado del Ministro y todo el clero y las Ordenes religiosas: al frente, y en el centro del cuadro formado por las tropas, se hallaban los generales *Aguirre, Porras* y *Concas* y numerosos Jefes y Oficiales de todas armas. El conjunto era sorprendente y bellísimo por la variedad de vestiduras sagradas, uniformes y trajes de etiqueta, destacando hermosa y con majestad imponente la venerada Imagen, ricamente vestida, que á todos dominaba y á todos se sobreponía. Aquella hermosa corona que en torno á la Virgen forman las mitras y báculos de los Obispos; el abigarrado, pero hermoso aspecto que ofrecen las autoridades, las tropas y el pueblo, apiñado, conteniendo el aliento para no perder ni el detalle más ínfimo, nos semejó, al contemplarlo conmovido, un brillante mosaico, que reflejaba algo de lo más grande que puede concebirse en manifestaciones solemnes.

Asciende nuestro venerable Obispo por la gradería, rodeado de venerables Prelados y dignidades eclesiásticas, toma en sus manos la Corona, la muestra al pueblo y en aquel momento se rasgan las nubes y brilla el sol, espléndido, enviando uno de sus más brillantes rayos sobre la Imagen venerada, rayo de sol que desaparece apenas es coronada la Virgen: es un momento indecible: todos comprimen la respiración y levantan la cabeza para ver mejor: ni se escucha ruído alguno: estamos en el campo y es bien seguro que silencio más solemne no se ha sentido jamás: pronuncia el Sr. Obispo la fórmula de la Coronación: *Así como por estas manos eres coronada en la tierra, así podamos merecer que por las tuyas seamos coronados en el cielo*, y al colocar la preciosa corona sobre la sagrada cabeza de la Virgen, un rumor se extiende sobre la muchedumbre: es el preludio del entusiasmo comprimido que va á estallar: el ejército presenta armas y bate Marcha Real: las campanas voltean, difundiendo santa alegría con sus armónicos sonidos; la artillería atruena con sus salvas; miles de cohetes cruzan el espacio, y aquella masa inmensa de pueblo, autoridades, grandes y pequeños, siente correr por sus venas los chispazos del entusiasmo, y se agita, se conmueve, llora y cual un solo hombre prorrumpe en aclamaciones de triunfo y alegría: los vivas se suceden sin interrupción alguna, los aplausos se repiten, y aquel concurso inmenso, no sabiendo ya como demostrar su gozo, se manifiesta imponente por su energía al vitorear á su Madre.

Grandiosa, sublime fué la escena de la presentación de la Imagen á las puertas del Santuario; mas la solemnidad de la Coronación eclipsó su grandeza, superándola de tal modo, que jamás la imaginación soñó cuadro más conmovedor

y que más llegara al fondo del alma que el de esta ceremonia: las lágrimas de casi todos los que tuvieron la dicha de presenciarla, son testimonio irrecusable de su ternura y de la emoción que en todos produjo.

Al coronar el Sr. Obispo al Niño Jesús, después de largo rato de aclamaciones, éstas se repitieron con igual viveza y unanimidad, renovándose el arrobamiento, permítase la expresión, del pueblo ante suceso tan extraordinario.

El Sr. Obispo dió tres vivas á la *Virgen de Begoña*, contestados con delirante entusiasmo por todo el pueblo.

Leyó, después, el Rdo. P. *Menán* el Breve Pontificio otorgando la Bendición papal, y el Sr. Obispo se dispuso á darla: el pueblo se hincó de rodillas y recitó la oración prescrita; las tropas rindieron armas, y en medio de la emoción que á todos embargaba, se recibió la Bendición, dada en nombre del Vicario de Cristo en la tierra, el sabio y venerable León XIII, que había prometido asistir espiritualmente á la augusta ceremonia.

Cantóse el himno á la Coronación del Maestro *Zapirain*, tomando parte el célebre tenor bilbaíno *Constantino*, que vino desde lejanos países, atraído por su devoción á la Virgen, con este solo objeto; y, entre los aplausos, que lejos de cesar, acrecían á cada instante, y entre los vivas y aclamaciones estruendosas, delirantes, de la multitud, regresó la ya coronada Virgen á su Santuario.

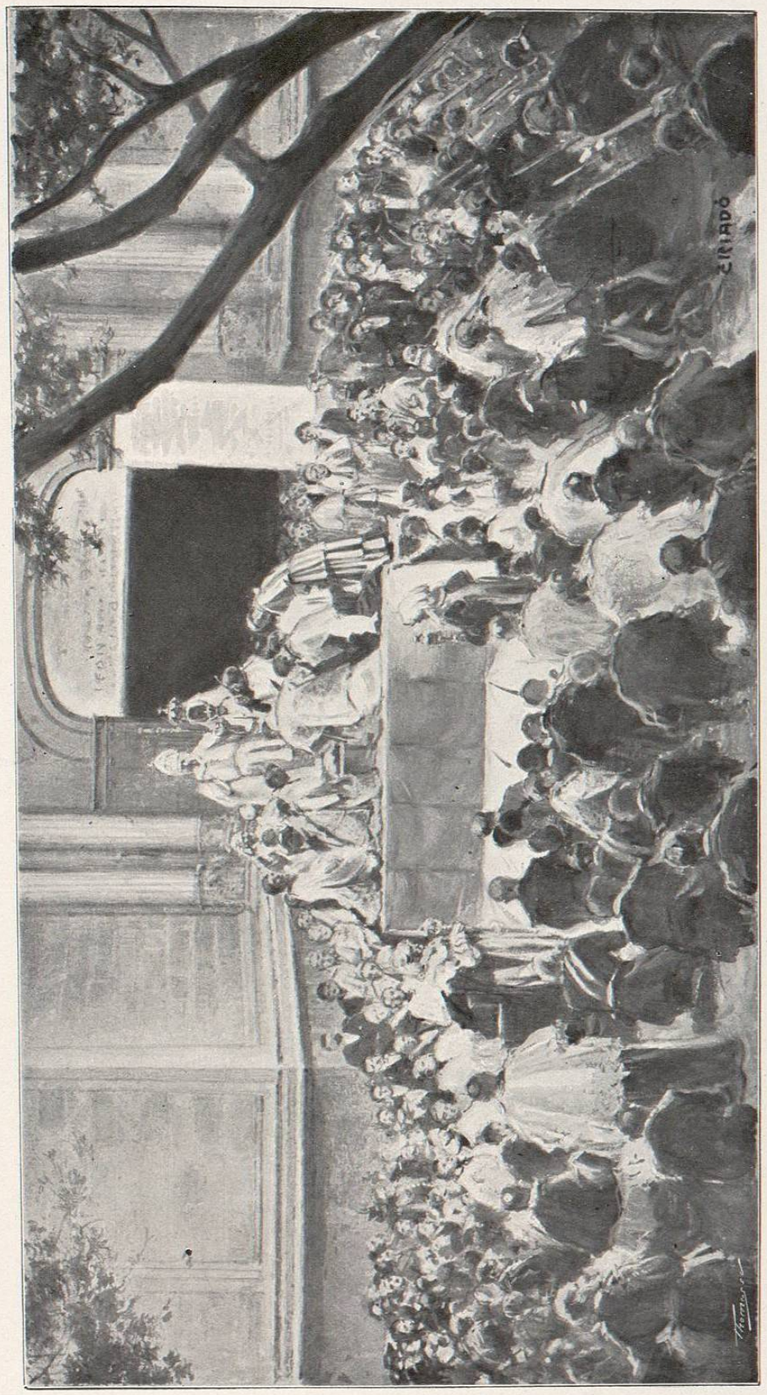
Á grande orquesta se cantó el *Te Deum*, del Maestro *Eslava*, que entonaron los Sres. Prelados, y después se celebró una misa, que oyó extraordinaria concurrencia.

Para futura memoria del acto, el Notario de Bilbao D. *Ildefonso de Urizar*, cumpliendo con lo prevenido en el Breve, redactó el acta notarial correspondiente, que suscribieron todos los Prelados, las Autoridades, Cura de Begoña, Delegado del Sr. Ministro y otras personas notables, teniendo la honra de hacerlo como testigos el Sr. D. *José María de Urquijo é Ibarra* y el autor de esta Crónica.

Y ahora, antes de cerrar este Capítulo, séanos permitida una reflexión. ¿Qué es, qué significa ese acto sublime y conmovedor de la Coronación de la Virgen? La consagración del pueblo vizcaíno á su bien amada Protectora, la *Virgen de Begoña*, y la protesta de gratitud de ese mismo pueblo á la augusta Señora por los beneficios que le viene dispensando desde hace siglos. Ni más, ni menos.

Ese espléndido triunfo, en nada parecido al que se concede á los grandes de la tierra; esas aclamaciones, llenas de misteriosa armonía; la ovación delirante, las lágrimas consoladoras, ¿qué son, sino manifestaciones expresivas, elocuentísimas, en las que, refluyendo la vida al corazón, éste se siente emocionado y en su arrobamiento se transporta de la tierra y presiente delicias inefables? ¿Qué otra cosa puede ser ese himno de gloria, que canta el pueblo á su Madre, sino expresión de amor y tributo de gratitud? Sí, ese pueblo, que así demuestra respetuoso afecto á su buena Madre, puede estar orgulloso de su júbilo: no tiene por qué ocultarlo ni esconderlo; es legítima expresión de sus sentimientos y aspiraciones; no adula á los Reyes terrenales: lo tributa á una Reina celestial, y ésta se complace en saber cuán bien es amada acá en la tierra.

¡Virgen Santa! Si el testimonio de homenaje que Vizcaya os rindió en este día fué asombro de cuantos lo presenciaron, aunque en modo alguno digno de



LA BENDICIÓN PAPAL